

LO HABÍA PROMETIDO

JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ PÉREZ

LO HABÍA PROMETIDO

Cuando Brais Souto le entregó a la clienta los pasteles por encima del mostrador, se dio cuenta de que su anillo de boda había desaparecido.

Brais se observó otra vez ambas manos y, apenas salió la mujer, comenzó a buscar el anillo por toda la tienda. Miró por el suelo, en el bolsillo del mandil y en los pantalones. Arrastró después la mano por las baldas del mostrador. Abrió el congelador de los helados, movió de los estantes las botellas de licor, los tarros de mermelada y los bombones, y hasta retiró la estatuilla que ganó su padre, hacía ya unos cuantos años, a la tarta de chocolate más original. Luego metió la cabeza en el expositor, levantó una por una las bandejas de los pasteles, e incluso alzó la caja registradora y agachó debajo la cabeza. Pero ni señal del anillo.

Enseguida pasó dentro, al obrador. Se dirigió a la mesa de trabajo. Apartó la tarta que aún quedaba por recoger para esa tarde, y después revolvió los cajones donde guardaba los cuchillos, la varilla batidora, las espátulas y demás utensilios de cocina. Puso todos los cuchillos sobre la mesa, por si el anillo se hubiese caído al guardar en el cajón el puñal que reservaba en exclusiva para los gatos. Se aseguró otra vez de que éste no hubiera quedado en ninguna esquina del bolsillo del delantal o de los pantalones, y entonces, se dio la vuelta y abrió el frigorífico. Sacó de la nevera la cobertura de chocolate, el frasco de mousse, la manga pastelera con la nata sobrante de la mañana, y dejó el refrigerador casi vacío. No se olvidó tampoco del congelador y comprobó que el anillo no estuviese en las cubiteras de hielo que había rellenado al mediodía con la sangre de aquel gato de apenas meses.

Brais se restregó las manos por la cara, resoplando, e intentó pensar. ¿Cómo podía ser que el anillo se hubiera perdido? Inspeccionó el obrador a izquierda y derecha con las manos en el bolsillo del mandil, y más tarde se inclinó y hurgó también en el cubo de basura. Se remangó y echó a un lado los guantes de látex, los plásticos que había pegado en el suelo y el gato desangrado, y con cuidado de no mancharse el delantal en exceso, escarbó entre los desperdicios. Pero ya era la hora de cerrar casi y el anillo seguía sin aparecer. Aún podía llamar por teléfono a casa y quedarse un rato más en la pastelería con cualquier excusa, es cierto, aunque después de que agarrara a su mujer por los brazos la noche antes, y estuviera a punto de zarandearla, no quería

retrasarse demasiado. Brais se acercó corriendo al teléfono y descolgó, pero ni siquiera llegó a marcar el prefijo.

Regresó de nuevo a la tienda. Se plantó delante del expositor con las manos metidas en el bolsillo del delantal y, mordiéndose el labio, registrando con la mirada de arriba abajo, repasó todo lo que había hecho ese día. Estaba seguro de que tenía el anillo por la mañana, en casa, y recordó que, justo antes de acuchillar aquel mediodía al cachorro, había dejado el anillo en la mesa de trabajo, junto a las tartas que tenía que rematar para esa tarde. Aunque solía usar siempre guantes de látex para desangrar a los animales, Brais se quitaba el anillo de todas formas, por si acaso. Así evitaba un posible descuido y que algo como una mancha de sangre entre el anillo y el dedo pudiera delatarle. Entonces volvió otra vez al obrador, y de inmediato removió los cuchillos y separó a un extremo de la mesa la tarta de chocolate.

Cuando se cercioró de que, en efecto, el anillo había desaparecido de la mesa, se agachó y buscó por el suelo. Miró debajo de la mesa, revisó con los dedos que no podía haberse colado por la junta entre el piso y los muebles. Se incorporó y retiró después la canela, la vainilla en polvo, el tarro de virutas de caramelo y todo lo demás de la estantería; levantó luego el cubo de basura, apartó el teléfono hasta donde el cable le permitió e incluso separó un tanto la nevera y echó un vistazo por detrás. Pero nada en absoluto. Entonces abrió el congelador y observó los cubitos de sangre semihelada. Los había rellenado ese mediodía, antes de finalizar con las tartas que le habían encargado para aquella tarde, pero el fondo no acababa de distinguirse. Así que Brais no lo pensó, y, uno a uno, clavó los dedos en los cubitos aún blandos de sangre. Sin embargo, el anillo tampoco estaba allí.

Brais se limpió los dedos en el delantal, farfullando entre dientes, y pegó un puñetazo en la mesa de trabajo. ¿Cómo era posible que el anillo se hubiese esfumado de esa forma? Plantó los ojos en el teléfono unos segundos y cruzó después la vista de un lado a otro del obrador. Contempló entre los demás el cuchillo que guardaba para los gatos y, a su lado, sobre la mesa, el pastel de chocolate. Aquella tarde tenían que haber recogido las tartas que terminara ese mediodía, pero ya era casi la hora de cerrar y nadie había telefonado ni reclamado esa aún. Quizás el anillo se hubiese caído dentro al rellenarla o al montarla, o hubiese puesto una de las bases encima y el anillo se hubiese quedado allí pegado, ¿quién sabe? Así que Brais se pasó la mano por el pelo, y enseguida, mordiéndose los labios, incrustó los dedos en el pastel.

Pero en ese instante sonó la campanilla colgada en la puerta de la tienda. Brais se sacudió corriendo el chocolate y el bizcocho, pensando todavía dónde demonios habría metido el anillo, y se limpió las manos en el delantal.

—¿Hay alguien ahí? —preguntaron desde fuera.

—Sí, sí, un segundo —tartamudeó Brais.

Salió frotándose aún las manos, saludó y se acercó a la puerta de la pastelería. Luego echó la cerradura.

—Venía a recoger una tarta —dijo el cliente—. Está a nombre de mi mujer, Tere Blasco. Es de chocolate, creo.

—Ya. Un momento, por favor.

A Brais le pareció que aquel tipo se fijaba demasiado en su delantal, y si era así, quizá podría darse cuenta de las manchas de sangre. Siempre se cambiaba el mandil por uno nuevo después de apuñalar a los gatos, y luego lavaba el cuchillo y el delantal con lejía, pero se acababa de secar los dedos tras hincarlos en los cubitos de sangre helada, y además tenía algunos lamparones de rebuscar el anillo entre el gato y los plásticos ensangrentados de la basura. Aquel hombre podría sospechar y denunciarle, y entonces tendría que vérselas con una inspección de sanidad. Aunque Brais volvió al obrador de todas formas.

Sin embargo, la tarta que venían a llevarse estaba echa polvo, como todo lo demás. Tenía sus dedos clavados y hasta lo que aún permanecía entero era inservible si lo había hecho ese mediodía. Su anillo de boda no aparecía por ningún sitio, así que cualquier desgraciado podía encontrárselo en otro de los pasteles que había entregado esa tarde y pensar que era un regalo como el del roscón de reyes. O peor aún, se atragantaría y, con el anillo envuelto en un clínex, iría a la policía a acusarle de cualquier barbaridad. Y entonces se descubriría todo el pastel del colorante y los gatos, y no habrían servido de nada las precauciones de asegurar el plástico al suelo con cinta adhesiva, ni los guantes de látex, ni el tener un cuchillo reservado solo para los cachorros, ni el desinfectar justo después el mandil, ni nada de eso. Sanidad podría buscarle las cosquillas y esa gente no dejaba pasar una. Y para colmo, su hijita le odiaría por haber acuchillado a aquellos animales.

Todo se estaba viniendo abajo. Así que Brais agarró el cubo de basura y, sin preocuparse si quiera de no hacer ruido, lo volcó en el suelo. Hurgó entre el gato

apuñalado, los desperdicios de su comida del mediodía y los plásticos salpicados de sangre. Pero el anillo tampoco estaba allí.

—Oiga, ¿va todo bien? —gritaron desde la tienda.

—Sí, sí, un segundo.

—Tengo la furgoneta en doble fila —siguió el cliente—, y a mi mujer y a mi suegra dentro, ¿comprende?

Brais se mordisqueó el labio observando el teléfono de reojo. Se limpió las manos con el delantal y luego salió. No encontraba el maldito anillo y, por si fuera poco, la tarta de aquel imbécil parecía una ciudad bombardeada. Sin embargo, recordó que tenía un pastel muy similar al que el hombre había encargado, también de chocolate, en el expositor. Sólo había que escribir «felicidades» para terminar de decorar la tarta. No obstante, Brais le ofreció otra.

—¿No prefiere ésta? —preguntó—. Es nuestra especialidad. Está rellena de mousse de fresa.

Aquel payaso la miró y se rascó la barbilla. Seguro que no podía ni imaginar que Brais usaba la sangre de aquellos gatos como sustituto del colorante alimenticio para todo lo que se supusiera hecho de fresas, grosellas y frutos de ese estilo. Pero el hombre negó con la cabeza.

—Prefiero llevarme la que eligió mi mujer, ¿sabe?

Brais se restregó un poco las manos en el mandil. Luego cogió del expositor la tarta de chocolate y se la mostró al cliente a través del cristal.

—Si espera un segundo, pondré «felicidades» con nata.

Entonces, aunque le pareció que el hombre iba a decir algo, Brais se metió dentro enseguida.

Apartó con el pie al gato, los plásticos ensangrentados y el resto de basura del suelo. Después hizo un hueco en la mesa de trabajo entre todo aquel estropicio. Retiró los cuchillos, la tarta desguazada, la manga pastelera, la cobertura de chocolate y lo demás que había sacado antes de la nevera. Agarró la manga con la nata que había sobrado de ese mediodía y, tras quedarse un instante con la mirada fija en el teléfono, empezó a escribir las letras en el pastel.

—Oiga —gritó el cliente—. No tengo toda la tarde.

Brais insultó a aquel anormal entre dientes y, resoplando, terminó corriendo de decorar la tarta. El muy estúpido le estaba haciendo perder el tiempo, y él, encima,

tenía que encontrar aún su anillo de boda. Brais arrojó con rabia la manga pastelera al fregadero y se guardó en el bolsillo del mandil la puntilla que reservaba en exclusiva para descabellar a los gatos.

Al fin y al cabo un hombre y un gato no podían ser tan distintos. Le clavaría el cuchillo a aquel cretino en el cogote, justo cuando se diera la vuelta para salir, y tal y como hacía con los animales, giraría el puñal a uno y otro lado hasta que le crujiera la columna. Cuando la mujer y la suegra de aquel imbécil preguntaran por él, Brais ya se habría cambiado el delantal y tendría todo recogido.

—No sé, señora —diría—. Pagó la tarta y se marchó.

Y después podría ir haciendo deliciosas empanadas de carne, y así ahorraría también en eso, igual que con el colorante alimenticio. Incluso podría pensar una forma de recortar en el azúcar o la harina. Quizás de ese modo volvería a contratar a su ayudante y reflotar de nuevo el negocio, y todo sería como antes otra vez.

—Oiga —escuchó Brais desde dentro—. ¿Viene ya esa tarta?

Brais apretó los dientes, acariciando el cuchillo a través del mandil, y luego salió con el pastel sobre las manos. Observó al hombre de pies a cabeza, y envolvió la tarta.

—¿Cuánto es? —preguntó el cliente.

Brais le cobró, pero estaba seguro de que el hombre no dejaba de mirarle el delantal, y tal vez hubiera advertido que no todos los restos eran de chocolate y bizcocho. Acompañó al cliente hasta la puerta, con los ojos clavados en su nuca. ¿Y si de verdad se había dado cuenta de que aquellas manchas eran en efecto de sangre? De todas formas Brais no tenía ninguna prueba, y si bien aquello no le devolvería su anillo de boda, introdujo la mano en el bolsillo del mandil y agarró el cuchillo. Apretó el puño con firmeza y le encantó la sensación de poder acabar con la vida de aquel majadero. No obstante, abrió el cierre y, sujetando la puerta, se despidió de él.

—Hasta otra —dijo.

Aquel capullo no contestó. Aun así el muy gilipollas tenía a su mujer esperando en su furgoneta, e iba a celebrar un cumpleaños y a comer tarta de chocolate. Sí, él también tenía esposa, aunque después de agarrarla por los brazos, la había escuchado levantarse en plena noche e ir al baño para llorar a escondidas. La había sujetado con fuerza, y la habría zarandeado si su hija no hubiera aparecido de repente. Sólo entonces se detuvo. Pero luego había prometido que iba a cambiar, lo había gritado

en mitad del salón, y no podía fallar al primer intento y presentarse en casa sin su anillo de boda.

Brais volvió dentro, y se dio cuenta en ese instante de que había dejado huellas de sangre y porquería por todo el piso. Terminó de rebuscar en la tarta y miró en la basura esparcida por el suelo otra vez. ¿Dónde demonios habría ido a parar el anillo de las narices? Se metió las manos en el bolsillo del mandil, resoplando, y, acariciando el cuchillo, buscó con la mirada a uno y otro lado del obrador. Sin embargo detuvo los ojos en el teléfono, y se le ocurrió de pronto que el anillo quizás estuviese en el contenedor de fuera, en el callejón que daba a la parte trasera de la pastelería. No recordaba haber sacado ninguna bolsa aquella tarde, aunque, después del estropicio que tenía organizado, no le quedaban muchas más opciones.

Salió al callejón, abrió la tapa y, con cuidado de no perder el cuchillo, introdujo medio cuerpo en el contenedor de basura. Algunos gatos merodeaban entre sus pies. Al mediodía, Brais solía comer en la tienda, y luego adelantaba trabajo antes de abrir de nuevo por la tarde. Procuraba que de vez en cuando le sobrara algo del almuerzo, se lo daba a los gatos del callejón y así ganaba su confianza y le era más fácil atraparlos. Por eso ahora los animales acaso esperaran su habitual ración de comida.

Brais movió las bolsas del contenedor de un lugar a otro, sin localizar ni rastro del anillo siquiera, y enseguida comenzó a clavar el cuchillo en las bolsas, a romperlas y a buscar entre los desechos. No obstante, parecía imposible encontrar nada entre tanto desperdicio. Uno de los gatos se frotó entonces en su pantalón. Brais lo ahuyentó rápido con el zapato aunque el animal, de todas formas, volvió a rascarse casi al momento.

Todo aquello apestaba de veras. Brais presionó los dientes, e intentó aguantar la respiración cuanto pudo. Pero cuando abrió una bolsa de basura que contenía uno de sus cachorros apuñalados, con la sangre reseca y gusanos comiendo en sus ojos, se echó corriendo hacia atrás por inercia y tropezó con el gato que deambulaba entre sus pies.

—¡Hijo de puta! —exclamó.

Y lanzó una patada al animal. Si bien, el gato se escabulló tan deprisa bajo el contenedor de basura, que a Brais le faltó poco para perder del todo el equilibrio y caer al suelo.

Pronto se repuso y, maldiciendo y a punto de vomitar, introdujo de nuevo la cabeza en el contenedor. Apartó dando arcadas la bolsa con el gato medio descompuesto y hundió el cuchillo en la siguiente. Escarbó entre la basura y hurgó luego en la bolsa de debajo, pero el anillo no aparecía. El gato volvió otra vez, vacilante, y se restregó en su pierna, aunque Brais trató de asustarlo. De repente sonó el teléfono dentro del obrador. Brais se quedó inmóvil y, a pesar de que la persona al otro lado parecía tener bastante paciencia, esperó a que el ruido se detuviese.

Seguro que era su mujer. Le había prometido que todo iba a cambiar, que volvería a ser como al principio, y sin embargo, aún seguía allí, buscando su anillo de boda, con medio cuerpo metido en un contenedor de basura. Enseguida arrugó los labios. Sacó la cabeza, sacudiéndola a un lado y a otro, murmurando entre dientes, y de inmediato empezó a patear con rabia el contenedor. El gato salió espantado mientras Brais golpeaba y golpeaba, de tal modo, que incluso hincó el cuchillo varias veces en el contenedor de basura. Entonces pegó un grito y se echó hacia atrás. Apoyó la espalda en el muro de la pastelería y, comprimiendo la mandíbula, se dejó caer, despacio, hasta sentarse en el suelo. Soltó el cuchillo y después se tapó la cara con las manos, pero aquello era repugnante.

El gato siguió merodeando cerca de él a pesar del alboroto. No parecía tener demasiado miedo y, como Brais no se movía, cogió más confianza aún. Brais se guardó el cuchillo en el bolsillo del mandil, y acarició luego la cabeza del animal. En un instante arrastró al gato entre sus piernas, con la cautela de que no escapara, y, suspirando, le rascó el lomo. No se le ocurría dónde diablos podría estar el maldito anillo. Pero cuando se esforzaba por hacer memoria sonó de nuevo el teléfono. Brais levantó la cabeza sobresaltado, temblando casi, aunque continuó jugueteando con el animal de todas formas. El ruido del teléfono le llegaba desde el obrador como si aumentara el volumen a cada señal, si bien, esta vez, la persona al otro lado de la línea colgó tras apenas cuatro o cinco tonos siquiera.

Brais cerró los ojos un segundo, cogió aire, e inclinó la cabeza mordisqueándose los labios. ¿Dónde demonios podría haber metido el anillo? ¿Cómo era posible que no apareciera por ninguna parte? Introdujo una mano en el bolsillo del mandil y pasó los dedos por la empuñadura del cuchillo, mientras acariciaba todavía al gato con la otra. El animal parecía encontrarse cada vez más a gusto, hasta que, ronroneando, le comenzaron a flojear los párpados también. Entonces Brais agarró el cuchillo poco a

poco. Lo sujetó con fuerza y sin más, se lo hincó al gato en la nuca. El animal chilló, luchando y retorciéndose, y arañó a Brais. Pero él se arrodilló enseguida, usando las piernas para empujar al gato contra el suelo, y, apretando los dientes, le clavó el cuchillo una y otra vez, hasta que el animal dejó de revolverse por fin.

Después Brais alzó la cabeza, jadeante, aunque permaneció en el suelo de rodillas. Con los cachorros resultaba mucho más fácil, por eso nunca elegía para su colorante a gatos ya adultos. Se miró los arañazos y las manos. Estaba lleno de sangre. Ésta le había salpicado el delantal, los brazos, y notaba incluso su viscosidad caliente en la cara. Pero se quedó allí agachado, con el gato perdiendo sangre frente a él, y pensó en su mujer y en su hija, en casa, y en cómo narices iba a presentarse sin el anillo. En ese momento deseó que el teléfono volviera a sonar.

Se palpó de nuevo el bolsillo del mandil y de los pantalones, por si acaso, aunque seguían vacíos. Quizás hubiera todavía algún sitio abierto donde comprar un anillo que diera el pego por unos días, al menos hasta que se hiciera con otro igual. En cambio se pasó el brazo por la cara y se incorporó. Limpió la hoja del cuchillo en el delantal y lo guardó luego en el bolsillo. Más tarde cogió del rabo al gato muerto, lo arrojó al contenedor de basura, y se restregó un tanto las manos en el mandil.

Cuando cerró la tapa del contenedor, Brais continuó allí de pie, delante de la puerta trasera de la pastelería. Era una idiotez intentar encontrar un anillo igual a esas alturas, no hacía falta que nadie se lo dijera. Aunque debería fregar aquella sangre. No solo lo que había montado en el callejón, ni dentro, sino que tenía que arreglar el estropicio que había organizado y dejarlo todo como estaba, lo había prometido. Pero había perdido su anillo de boda. Y pese a que había puesto patas arriba la pastelería, y se había metido casi hasta la cintura en un contenedor repleto de basura hasta el borde, ya era demasiado tarde para hacer nada más. Tal vez incluso, hasta para regresar a casa.